



Jochem Nogalsky nació en 1925 en el norte de Alemania en la ínsula de Usedom a orillas del mar Báltico. Su padre que ejercía de médico del balneario del pueblo era también un gran amante de todas las artes y en su décimo aniversario le regaló un violonchelo para formar con su hermano un trío musical familiar, instrumento que le acompañaría fielmente a lo largo de toda su azarosa vida.

Fue a la escuela en la localidad de Wolgstan donde destacó enseguida por su afición a la Biología y la Astronomía. Leía incansablemente novelas de aventuras y viajes y soñando llenaba muchas de las horas que los adultos no tenían tiempo para dedicarle, más tarde, aquellos sueños se centraron en descubrimientos científicos y en la investigación.

En 1942 cuando solo tenía 18 años y a consecuencia de la segunda guerra mundial fue enrolado en las Juventudes Hitlerianas, donde vivió una serie de dolorosas experiencias que le marcaron profundamente y que le inspiraron su relato corto titulado Friedrich, en gran parte autobiográfico.

En 1946 terminada la guerra comenzó sus estudios de medicina en el Studentenkompagnie en la ciudad de Tübingen especializándose en Bacteriología y Medicina interna y después de terminar la carrera trabajó como médico asistente en la marina alemana y en varias instituciones médicas de su país. En 1962 se trasladó a vivir a España para trabajar como investigador en una importante empresa catalana, viviendo en Cataluña un periodo de 14 años.

Después de su jubilación se retiró a vivir a orillas del Océano Atlántico, en Francia, con su segunda mujer. Aventurero de vocación y amante de la mar, ambos dieron la vuelta al mundo un par de veces, navegando a bordo de su pequeño yate y a lomos de dos potentes motos.

Después de su segundo divorcio cambió el mar por otro de sus grandes amores, la alta montaña y alquiló una pequeña casa en plenos Alpes donde practicó el ski y el montañismo en un pintoresco pueblecito de Baviera. Allí yo tuve la suerte de conocerlo y dado nuestra común afición a la literatura encontré en él no sólo un amigo, sino un maravilloso colaborador que tradujo al alemán la novela

titulada "HISTORIAS EN EL AIRE" que yo estaba escribiendo en aquel momento, ayudándome también en el trabajo de investigación histórica. Una vez la novela estuvo terminada consiguió publicarla por episodios en el prestigioso almanaque médico de su país ALMANACH ARZTE.

Después de su muerte acaecida en abril de 2011 decidí publicar en www.planetaselene.com "FRIEDRICH", uno de sus testimonios autobiográficos escritos (que yo misma traduje al español) no solo en homenaje a su memoria, sino por considerarlo de una gran calidad literaria y un inestimable testimonio personal de toda una época y también porque creo que esta era su intención cuando la escribió, prevenir a todas las jóvenes generaciones que no han llegado a conocer esa parte de la historia mas que a través de los libros, sobre la falsedad de ciertas ideas y explicar la verdadera realidad de los hechos.

Jochem Nogalski no solo fue un médico e investigador prestigioso e inteligente, sino un auténtico ciudadano del mundo y un espíritu de gran sensibilidad, incansable buscador de la verdad por todos los caminos del arte y de la filosofía. Su presencia ha dejado una profunda huella en mi vida y su desaparición un vacío imposible de llenar.

Gloria Corrons de Bonne Junio 2011

FRIEDRICH

Una biografía alemana, 1945, 1995

*Dedicado a todos los hombres y mujeres
que han sobrevivido una guerra
después de haber muerto.*

Su mirada descendió sobre la hermosa camelia que se había abierto durante la noche y apartó negligentemente de su lado la jeringuilla que contenía el veneno. Era el primer día del año. Un año que no había querido vivir. Se oía el estruendo del mar al otro lado de las dunas. Siempre había admirado las grandes olas que como gigantescos mensajeros traían constancia de las lejanas tempestades del Océano Atlántico y agradeció al joven sol de la mañana que iluminase con su presencia el milagro de la primera flor del árbol de la camelia. Inclino la cabeza y sus lágrimas mojaron el rojo y brillante cáliz de la flor.

¿Por qué Dios le mostraba así toda su exuberancia? Una sencilla mañana le hubiese bastado. Después de la terrible oscuridad de los pasados días todo parecía explotar en una luminosidad radiante, como la luz que había estallado en su interior iluminándole con toda su fuerza.

En su primer paseo por el jardín observó los árboles que se extendían alrededor de la casa y también de su soledad, nunca los había visto de aquel modo. Por primera vez

tomaba consciencia de que aquellos seres provenientes de un pequeño germen, habían ido creciendo y envejeciendo, arrugándose y retorciéndose lentamente para mostrar sus cicatrices antes de morir. Los demás plantas debían de seguir el mismo destino, incluso aquella flor que había brillado en su vida por un instante como una estrella fugaz.

La noche anterior, cuando el entendimiento y la paz le envolvieron como una nube de luz, pensó que el destino solamente quería embellecerle la despedida y facilitarle así el paso decisivo a la otra orilla. Ahora la flor y los árboles le mostraban con su sencillez que también en su vida podía abrirse un nuevo período. Al fin le había sido concedido ver el mundo y a todos los seres vivos en su verdadera realidad, para poder así entenderles y amarlas en su constante devenir.

Se dirigió primeramente al puerto y saludó a cada hombre que se cruzó en su camino deseándole un feliz año nuevo. Luego fue a la playa y se encontró con ilusión con su viejo amigo, el mar. ¡Cuantas cosas le ofrecía la vida por vivir!.

En su país natal a orillas del mar Báltico se había familiarizado con las dunas. La pasarela de madera le llevó a lo más alto del acantilado y desde allí la visión de la resaca le sobresaltó. Soplaban un ligero viento de levante.

En la lejanía, bajo el horizonte, el mar parecía tranquilo, pero aproximadamente a 300 metros de la orilla las olas empezaban a tocar fondo y subían formando paredes de tres a cuatro metros de altura que, a gran velocidad, corrían hacia la playa para convertirse

después en enormes monstruos de agua. Las blancas crestas de espuma eran empujadas de espaldas al viento y al romperse sobre la orilla emitían un bramido que aumentaba gradualmente. La tierra temblaba tanto bajo el impacto, que en los días de grandes tempestades éste podía oírse desde la casa. En la lejanía, en lo más profundo del mar, el Todo despedía a lo Múltiple, las olas, sus criaturas, nacidas para alejarse, fortalecerse y superarse y para romper y morir en el caos.

El viejo Friedrich había bajado a la playa durante semanas para reflexionar sobre las cenizas de su vida. Una vida que a él le parecía un total fracaso. Tenía la esperanza de encontrar en el fondo de su meditación algo de lo bueno y hermoso que había soñado en su juventud, pensaba que quizás entonces podría soportar mejor lo malo, que en algún lugar de su interior reclamaba hacerse consciente. Y el mar, su mar le había ayudado.

Corría el año 1925 cuando los padres de Friedrich engendraron a su segundo hijo. Eran los días en que para poder comprar comida, se cambiaba un cesto de un billón de Reichsmark por un solo Rentenmark. Esto ocurría en la ínsula de Usedom en el mar Báltico donde el padre ejercía de médico del balneario del pueblo.

La cuna estaba tan cerca de la playa, que el recién nacido podía escuchar el sonido del mar. Entre otras muchas cosas Friedrich pronto aprendió que hay que evitar llevarse arena a la boca, aunque esto tampoco fue lo único que el tuvo que aprender por si

mismo. El despacho de un médico no dejaba demasiado tiempo para ocuparse de la familia y Friedrich y su hermano mayor apenas fueron molestados con demasiados intentos de educación.

Friedrich tenía un amigo que siempre estaba dispuesto a unirse a sus juegos y travesuras. Los dos juntos simulaban batallas navales con barcos de juguete en verano y en el invierno organizaban campeonatos de bicicleta haciendo largos recorridos por las paseos cerca de las dunas de la playa. También construían cavernas en los bosques para jugar juntos con otros chicos a policías y ladrones.

Una tarde, cuando quizás Friderich tenía 12 o 13 años, un acorazado de la marina ancló a lo lejos, ya que el mar poco profundo le impedía acercarse a la costa y los pescadores con sus barcazas, transportaron para visitar el barco a los residentes en el balneario del pueblo. Para su desgracia, el dinero que tenían los jóvenes muchachos no bastaba para poder acompañar al grupo, pero enseguida se dieron cuenta de que también podían visitarlo a bordo de alguna pequeña lancha.

Después de dos horas de remar todavía no habían logrado alcanzarlo. Cuando sus manos comenzaban a encallecerse, escucharon un ruido inconfundible. El barco estaba levando

anclas dispuesto a partir. Su desilusión fue enorme. También ellos dieron la vuelta en dirección contraria.

La playa era solamente una delgada línea en el horizonte que se extendía ante sus ojos. Con la luz del crepúsculo aparecieron también las primeras luces del pueblo y los muchachos empezaron a darse cuenta de que desde allí en la oscuridad podía ser difícil dominar las olas, aunque también pensaban que aún era mucho más “peligroso“ lo que les esperaba en su casa al volver.

En aquel momento escucharon el ruido de un motor, uno de los pescadores volvía de una de las ínsulas con su barca cargada de visitantes. Al verlos viró hacia ellos arrojándoles una cuerda y los arrastró hacia la orilla. Por suerte el capitán de la barcaza había sido también capitán de salvamento, sabía lo que se debía hacer en estos casos.

Friedrich fue siempre lo que se llama un chico que parecía tener la suerte de cara, de agradable presencia, amable y simpático, se hacía querer por todos y siempre era bien recibido en todas partes. A pesar de no ser quizás el más dotado ni mucho menos el más aplicado, tenía un sentido natural para conseguir hacer siempre lo más importante dejando de lado lo superfluo y así ganar el tiempo que necesitaba para dedicarse a su ocupación favorita: Soñar.

Soñando llenaba muchas de las horas que los adultos no tenían tiempo para dedicarle y le dejaban solo. Para él, soñar significaba viajar a lejanos países y correr aventuras. Luego

más tarde, aquellos sueños se centraron en descubrimientos científicos y en la investigación. Leía incansablemente novelas de viajes, siendo su favorita Simbad el Marino, más tarde leyó libros de Astronomía hasta descubrir al bacteriólogo Roberto Koch.

Siempre fue un niño introvertido y meditabundo del cual su familia solía burlarse cariñosamente llamándole "profesor distraído". "Ahí viene el soñador."... solían decir al verle citando un pasaje de la Biblia. Friedrich nunca perdió la inquietud y el afán de la investigación. hasta su vejez.

En su décimo aniversario le regalaron un violoncelo e hicieron venir a un profesor de música para darle clases, al que más tarde llegó a admirar y estimar mucho. Su padre lo había organizado así porque necesitaba un violoncelista para formar con su hermano un trío musical familiar. Fue una suerte que este instrumento correspondiese exactamente a su manera de sentir porque lo acompañó fielmente durante 50 años, a lo largo de todos los disturbios de la guerra, de su fuga, su profesión, sus matrimonios y sus amistades.

En aquel mismo cumpleaños le regalaron también el uniforme correspondiente a los más jóvenes de las Juventudes Hitlerianas. El alistamiento probablemente fue un deber pero seguramente un deber obvio. Allí se reencontró con todas sus amigos y camaradas del

colegio y lo que ellos antes habían llamado juegos de ladrones y policías ahora lo llamaron prácticas militares, pero para todos, el bosque de su infancia seguía siendo el mismo.

A los 14 años se integró en las Juventudes Hitlerianas, la familia se había trasladado al interior del país cerca de un gran lago donde uno de sus amigos era el dueño de un pequeño velero. Para los más jóvenes, los uniformes de la marina con sus grandes cuellos de marino, eran aún si cabe más atractivos que los otros uniformes militares. Además, allí se podía aprender a remar y a hacer nudos marinos y en los puertos a lo largo de la costa se impartían cursos de navegación a bordo de los grandes barcos de vela.

La familia no hablaba nunca de política, solo se escuchaban por la radio los discursos del Führer "*Habla el Führer...* aunque para Friedrich era más interesante la técnica de la radio en sí, que el contenido del discurso mezclado con los gritos y las voces del gentío en el fondo.

Cuando tenía 13 años Austria se acababa de integrar de nuevo, a la "madre patria", y un poco más tarde, Alemania se anexionó también la antigua parte germana de Checoslovaquia. A los 14 años cuando el ejército hizo su entrada en Polonia, la madre de Friedrich dijo simplemente: *Es la guerra.*- y aquella tristeza de sus ojos, fue lo que más recordó el muchacho de aquellos años..

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

